

los trabajos intelectuales; sin embargo, todos estaban de acuerdo en este punto, que era preciso retirarse enteramente de la vida civil y de los asuntos públicos, y que este aislamiento del mundo, este retiro absoluto, es la primera base de una vida ordenada sabiamente. Su doctrina era pues egoista y antinacional; y como desde un principio tuvo muchos partidarios en Roma, es incontestable que debió contribuir á la ruina de la república. Ciceron, enemigo de Epicuro y de su doctrina, es al mismo tiempo un filósofo eminentemente patriota; y por esto su filosofía fué muchas veces leída y celebrada por hombres de estado, que sin tener tiempo ni deseo de entregarse á especulaciones filosóficas, se complacian sin embargo en reflexionar durante sus momentos de ocio.

Ciceron es muy desigual, tanto con relacion á la forma como al modo de esponer sus ideas: lo mismo sucede con muchos otros escritores romanos, que rara vez llegan á poner de perfecto acuerdo lo que han pensado y querido decir por sí mismos, con lo que han aprendido ó tomado de los Griegos.

César es el primer escritor romano cuyas espresiones son siempre igualmente elevadas; muéstrase en su estilo lo mismo que era en sus acciones, pues solo se propone un fin, al que todo se refiere en sus escritos: posee completamente las calidades que en una esposicion histórica ocupan el primer lugar despues de la viveza del estilo; es decir, es siempre claro sin arte, y sencillo sin afectacion. Pero ¿qué diferencia no hay entre la claridad y la concision de César, que va en dere-

chura al fin, y cercena todo lo superfluo en el discurso, y la claridad de Herodoto que tanto se complace en entenderse, y que degenera á veces en una verbosidad homérica? Del mismo modo que un capitán ordena sus tropas, para que puedan maniobrar con la mayor presteza y seguridad, y se aprovecha de todas sus ventajas contra el enemigo; así César dispone con la misma regularidad sus palabras y sus cuadros, utilizándose tambien con todo ardor de las ventajas que la victoria le da contra sus adversarios. Entre los que han escrito, á semejanza de César, la relacion de sus propias acciones, Jenofonte, aunque su estilo presente todos los adornos del lenguaje ático, está con todo, como hombre de estado y como general, bien lejos de poder ser comparado á César. No poseemos ya lo que Anibal y algunos generales de Alejandro escribieron sobre sus acciones memorables; por lo que, aun como escritor, si comparamos al autor romano, con los que encontrándose en su misma posicion, han podido como él hacer la prueba de escribir su vida, veremos que siempre ha gozado de la preeminencia de César, y hasta nuestros dias ha permanecido sin igual.

Salustio es un gran pintor de caracteres y de historia, pero no es siempre tan claro, tan cadencioso, ni tan igual como César; percíbese de cuando en cuando en su estilo el encogimiento y la afectacion del arte. Hasta en la historia, cuya forma podia sin embargo trasplantarse mas fácilmente de las repúblicas griegas en que habia nacido, á Roma; la imitacion de un modelo determinado, como por ejemplo, Tucídides para la histo-

ria de Salustio, ha tenido consecuencias poco felices.

En el primer siglo del desarrollo intelectual y de la elocuencia naciente de los Romanos, se descubre fácilmente cuan ventajoso es para una literatura, que los hombres colocados al frente de la nación tomen parte en ella, y cooperen á su formación. Por su posición social, son los únicos que siempre tienen á la vista su conjunto, y no pueden menos de considerarlo y juzgarlo todo bajo relaciones mas estensas: tal es lo que principalmente ha contribuido á dar á la literatura romana el carácter de grandeza que le es propio. Cuando despues de la muerte de Bruto comenzó un nuevo orden de cosas, principiaron tambien á dominar en la literatura un estilo y un tono enteramente diversos en el siglo de Augusto. La elocuencia independiente debió guardar silencio; y se volvió por el contrario á la poesía, que en las últimas turbaciones y en medio de las guerras civiles, no habia podido inspirar un interés general. Creyóse entonces que para celebrar dignamente y embellecer con el encanto de la poesía la paz que acababa de renacer y la feliz dominacion de Augusto, convenia que se presentasen los grandes poetas nacionales y emprendiesen obras clásicas de un género serio y de un contenido patriótico: y he aquí porque no solamente Virgilio, si que tambien Propercio y Horacio, fueron objeto de la proteccion y del favor de los grandes del Estado, y se vieron hasta solicitados por ellos. El estilo rico y armonioso de Propercio parecia que le llamaba á ser un poeta épico; pero quiso permanecer independiente, y solo vivió para sí, enteramente entregado á

los sentimientos de amistad y de amor que llenaban su alma, que animaban sus cantos, y que los distinguian de las poesías del mismo género de todos los demas autores romanos. Entre los poetas que hemos conservado, Horacio es quizas el que mas disposicion tenia para lo grande y heroico; era un patriota que ocultaba en su pecho el dolor que le causaba la ruina de la república; y que para distraerse se entregó á todos los placeres y se abandonó al encanto de la poesía: siempre se descubre en sus versos bajo una apariencia de frivolidad, el entusiasmo por la patria y por la libertad; y no hubiera compuesto seguramente un poema mas importante, cuyo asunto hubiese sido sacado de la historia y de las tradiciones nacionales, sin manifestar á cada paso pensamientos y afectos que entonces eran inoportunos y que no debian oirse ya: así es que no respondió jamas á las instancias que se le hicieron tan á menudo sobre el particular.

Virgilio, este hombre tan apacible, tan lleno de talento y de sensibilidad, estaba destinado del modo mas particular á ser el poeta nacional de los Romanos, por su amor á la naturaleza y á la vida de los campos. El antiguo género de vida de los Romanos, lo mismo que el de los pueblos de Italia en general, estaba enteramente fundado en la agricultura y en la vida campestre; mientras que por el contrario, los Griegos eran en su mayor parte pueblos traficantes, navegantes y mercaderes. Durante la mas bella estacion del año, los hombres mas distinguidos y mas poderosos de Roma pasaban una vida campestre; y á pesar de la corrupcion de la

capital, estaba bien lejos de verse enteramente estinguida en el resto de Italia, la energía de costumbres y de sentimientos particular á un pueblo agrícola. El poeta que queria llegar á ser nacional, y no reducir la accion de su genio al limitado círculo de la capital, debía penetrarse de esta verdad y aprovecharse de ella. La predileccion de Virgilio por la naturaleza y por la vida de los campos está ya bien visible en sus Bucólicas, primeros ensayos poéticos de su juventud; pero la ha espresado con pincel maestro en sus Geórgicas, el mas perfecto de sus poemas: solo es de sentir que haya dado la forma estrangera del poema didáctico alejandrino á esta poesía tan deliciosa y tan benéfica para Roma, tal cual entonces estaba, gozando de una profunda paz, y tan verdaderamente nacional en Italia por su espíritu y por su asunto. ¡Que no haya depositado sus ideas y sus sentimientos sobre la vida de los campos y la agricultura, en la grande obra que debía consagrar á la historia de su patria, dándonos de este modo un cuadro general y completo del género de vida de la antigua Italia! Las tradiciones heroicas de su patria, cuyo recuerdo queria despertar el poeta, se hubieran arraigado de este modo en aquella época, y hubieran adquirido como una vida nueva; solo si hubiera sido necesario entonces que compusiese su poema heroico bajo planes mucho mas libres y en un conjunto aun mas irregular. En el plan general que adoptó, la última parte enteramente itálica de su poema es sin duda muy inferior á la primera mitad, en la cual podia enlazar tan felizmente el origen de Roma con las mag-

níficas tradiciones de Troya. Sin embargo la Eneida, imperfecta como la ha dejado el poeta, y que aun quiso destruir, ha quedado, con justo título, como el verdadero poema nacional de los Romanos. Si juzgásemos tan solo bajo el aspecto del vuelo de la imaginacion, de la rara facilidad y del talento innato, Lucrecio y Ovidio nos parecerian quizas poetas superiores á Virgilio; pero lo que hace que este sea preferible á aquellos escritores, es el sentimiento nacional que se ve espresado en sus obras del modo mas feliz y completo. No se puede sin embargo considerar la Eneida como una obra poética perfecta, pues con respecto á la esposicion lo mismo que al lenguaje, y principalmente en su conjunto, Virgilio no tiene esa igualdad sostenida, que falta igualmente á los demas escritores romanos, en medio de la pugna que se descubre en ellos entre lo que deben al arte y lo que deben tan solo á la naturaleza.

Esta desigualdad de estilo es aun mas notable en Horacio, lo mismo que en los demas poetas líricos. Las poesías épicas de las diversas naciones se asemejan casi todas; aunque en esto tambien la imitacion de la forma homérica haya singularmente sujetado y engañado á Virgilio, lo mismo que á tantos otros poetas posteriores. Pero, prescindiendo de la forma, pueden hacerse pasar con mucha facilidad rasgos de la tradicion heroica de un pueblo á la de otro, porque se encuentra mucha analogía, y aun una semejanza evidente en las diversas tradiciones de las naciones mas lejanas entre sí. Fácilmente se podrá esplicar este hecho si se considera que el estado de todos los pueblos es siempre

el mismo, bajo muchos aspectos, en los tiempos antiguos en que se ve desplegar una energía, que es la de la juventud; además de que esta conformidad, muchas veces extraordinaria, quizás también indica un origen común, sobre todo en cuanto á lo maravilloso y á la parte simbólica de esos poemas. Las tradiciones verdaderamente épicas de todos los pueblos tienen entre sí una multitud de relaciones y ofrecen un gran número de pruebas de un origen común; si bien pudiera ser difícil coordinarlas, y no solamente demostrar, por la crítica histórica, de que modo las grandes tradiciones del mundo primitivo han tenido una sola y misma raíz, sino aun abrazar poéticamente su conjunto, y comunicarles una vida y formas nuevas. En la poesía dramática seria, el conocimiento del grado de perfección á que ha llegado el arte de la escena en los demás pueblos, puede en general servir de modelo y de medida para apreciar los esfuerzos que deben hacerse y lo que uno tiene derecho de esperar; solo es preciso abstenerse de imitar pura y simplemente la forma. Para que el teatro ejerza una influencia general, preciso es que cada nación adopte una forma que exclusivamente le pertenezca, y que convenga á sus costumbres, á su civilización, y á su modo de pensar.

Pero principalmente en el género lírico es peligrosa la imitación, y debe por lo mismo evitarse; pues ¿puede un poema lírico tener otro mérito y atractivo que el ser la expresión libre de los sentimientos propios del autor? Y, ¿de qué modo se suplirá este atractivo si se descubre en él la imitación, y si lo que

debía ser natural no se nos presenta sino como un efecto del arte? En los poetas romanos se pueden distinguir á menudo los pasajes que han tomado de los originales griegos, y los lugares en que hablan según sus propios sentimientos: pero á pesar de esta desigualdad, Horacio es sin embargo entre todos los poetas romanos, el que como hombre, nos mueve y nos interesa más; y nunca ostenta mayor grandeza que cuando, hablando en calidad de verdadero Romano, nos recuerda el antiguo poder de su país, y nos ensalza á Régulo, el ilustre desterrado, ó los que, según su bella expresión, «han sacrificado su grande alma á la salud del Estado.»

En el único género de poesía particular á los Romanos, en la sátira, Horacio es el escritor que más genio demuestra: esta sátira romana que difiere aun, por una forma especial, del género general de poesías epigramáticas é irónicas, y á la cual se aplicaba la versificación épica con más descuido y libertad, es enteramente romana por su espíritu y por su contenido: todo se refiere en ella á la capital y á sus relaciones sociales, y á cada paso nos ofrece alusiones y epigramas sobre la sociedad y la corrupción de costumbres que debía necesariamente resultar en Roma del concurso de la mitad del universo. Un cuadro de la vida real solo pertenece á la poesía por la exposición; pero rasgos aislados, por más ingeniosos que puedan ser, no son sin embargo una exposición, ni constituyen un cuadro. Por esta razón la sátira romana, cual la ha manejado Horacio con mucho talento y agudeza, solo puede ser

considerada por nosotros como el equivalente de la comedia, que no tenían los Romanos; pues propiamente hablando, no poseían una comedia verdaderamente romana, ni cultivada con toda perfección y esmero. Pero si se coloca el interés de que es susceptible la sátira en la inspiración del mal humor y del odio contra el vicio y la locura, como se encuentra en Juvenal, semejante inspiración podrá parecer moralmente muy digna de aprecio, pero no es de ningún modo poética.

Entre los Romanos, la prosa alcanzó un grado de perfección mayor que la poesía. Tito Livio puede ser llamado perfecto con relación al lenguaje, y descuellan en el arte de escribir la historia según la forma oratoria propia de los antiguos.

En la primera mitad del largo reinado de Augusto, se alcanzó todavía la gloria de los grandes talentos que se desarrollaron en aquella época, pero que en su mayor parte provenían de los últimos tiempos de la república; todos habían visto cosas grandes, y la libertad, cuya ruina presenciaban, les había antes inspirado el genio.

Pero la nueva generación, que había nacido y crecido bajo la monarquía, era enteramente diferente: desde el fin del reinado de Augusto, pudieron advertirse ya vestigios de la corrupción del gusto en los escritos de Ovidio; no solo en la excesiva abundancia de su imaginación, que no se deja sujetar por ningún freno, sino en la decadencia de la lengua que puede ya empezarse á descubrir.

El estilo hinchado de Veleyo nos demuestra con qué prontitud la historia, que era en lo que mejor éxito ha-

bían tenido los Romanos, se alteró aun como arte, bajo el terrible despotismo de los sucesores de Augusto, sin hablar de las bajas lisonjas de que llegó á ser instrumento. El filósofo Séneca es el verdadero fundador de un nuevo gusto amanerado y sentencioso. Cuanto mas opresivo se hacia el despotismo, tanto mas debían arrojarse los hombres que le resistían, á lo menos por el pensamiento, en brazos del estoicismo; que halagaba con tanta mayor fuerza el orgullo inspirado por la libertad á sus almas enérgicas, cuanto que veían generalmente reinar á su alrededor principios y sentimientos enteramente opuestos. Se ha observado que la hinchazón, la exageración y la afectación hasta en las palabras, eran á menudo el resultado de la opresión de un Estado ó de una sociedad: nosotros las descubrimos asociadas en Lucano, á un sentimiento republicano muy manifiesto; y experimentamos á la vez admiración y horror, cuando vemos á este poeta adular á Neron con unas palabras que son casi otros tantos crímenes, y elevar luego con una especie de fanatismo, á Caton, hasta sobre los mismos dioses. Con Lucano vemos á la poesía de los Romanos volver á tomar la forma heroico-histórica, como si no hubiese podido disimular su antiguo origen sepultado en el olvido. Importa poco que un gran suceso histórico capaz de suministrar cumplidamente materia para un poema heroico, esté cronológicamente mas ó menos cercano á los tiempos en que el poeta escribe: no se considera sino su naturaleza exterior; y para que este suceso pueda llegar á ser asunto de un poema heroico, preciso es que la influencia del sentimiento y del entu-

siasmo domine mas en él que un plan calculado por la razon, y que la imaginacion tenga un campo libre. Alejandro, por ejemplo, su vida y sus acciones, como la derrota de Dario y su expedicion á las Indias, hubieran podido entonces servir de asunto á un poeta, si hubiese aun existido alguno capaz de desempeñarlo. La guerra civil entre César y Pompeyo, esa lucha entre partidos y sistemas opuestos, ha podido muy bien, en los tiempos modernos, servir de argumento á cuadros dramáticos; pero ningun genio y ningun arte podían transformala en un asunto épico. Persio, este poeta oscuro, termina el cuadro del gusto en aquella época con Plinio el Antiguo; y á pesar de su estilo hinchado, este último nos prueba lo que los Romanos hubieran podido hacer, como compiladores, con los inmensos recursos que tenían á su disposicion, para el aumento de los conocimientos humanos.

Volvieron á aparecer tiempos mejores; y un Romano, animado de toda la hidalguía y de toda la grandeza de los sentimientos antiguos, debia aun gobernar el mundo civilizado, sentado sobre el trono de Augusto. Del mismo modo que Trajano es el último de los Césares que haya tenido sentimientos romanos, y se haya mostrado grande por sus pensamientos y por sus acciones; así Tácito, de quien pudiera hacerse un elogio semejante, termina, poco tiempo antes que él, la serie de los grandes escritores que produjo Roma: habia crecido bajo Vespasiano y Tito, los primeros Césares que despues de Neron, gobernaron con suavidad; bajo Domiciano, habia aprendido á observar y á guardar silencio, y bajo Nerva, vivió

esperando los gloriosos tiempos, de que Roma debia volver á gozar otra vez bajo Trajano.

La profundidad de su genio, y la escelencia de su expresion tan maravillosamente proporcionada á la energía de su pensamiento, parecen cada dia mas inimitables á medida que se ven mas autores haciendo inútiles esfuerzos para seguir sus huellas. Puede aun llamársele perfecto con relacion á la expresion, aunque ya en aquella época no fuese la misma la lengua, y no pudiese ya ser la del gran César ó de Tito Livio. Segun mi parecer, la lengua latina se presenta, en estos tres escritores, con toda su pureza y toda su perfeccion: en César tiene el sello de la grandeza al mismo tiempo que el de la sencillez; en Tito Livio resplandece con todo el brillo y con todos los adornos de una perfeccion oratoria, pero sin ninguna especie de exageracion; y en Tácito, tiene una profundidad, una energía y un arte, que respiran la dignidad de la Roma de otros tiempos.